

MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

# ENRIQUE URQUIJO

*Adiós tristeza*

EDICIÓN ESPECIAL  
CONMEMORATIVA

LIBROS CÚPULA



MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

ENRIQUE  
URQUIJO

*Adiós tristeza*

EDICIÓN ESPECIAL  
CONMEMORATIVA

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Miguel Ángel Bargueño, 2019

© de la fotografía de cubierta: Domingo J. Casas

© de las fotografías interiores del cuadernillo: Julio Moya: págs. 1, 2 sup.; Mario Larrode: pág. 4; Domingo J. Casas: por el resto de fotografías.

Diseño interior y de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: Octubre de 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-480-2633-2

D. L.: B. 15.508-2019

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# ÍNDICE

Prólogo a la presente edición .....	9
Prólogo a la edición original.....	13
Intro .....	21
1. Urquijo y Prieto .....	31
2. Volver a ser un niño .....	39
3. Cine, tebeos y rock and roll.....	51
4. «London Calling» .....	61
5. El capitán normal .....	73
6. Nacional VI .....	87
7. Déjame .....	103
8. Fuertes emociones .....	117
9. Auge y ocaso de la movida .....	129
10. Sin dirección .....	147
11. Volver, volver.....	159
12. Continuará .....	177
13. Mares turbios.....	191
14. Qué solo estás .....	207
15. Nuevas sensaciones .....	223
16. Adiós tristeza .....	233
17. Efectos secundarios .....	253

18. Los Problemas .....	271
19. Cambio de planes.....	281
20. Agárrate a mí, María .....	295
21. Dos caras distintas.....	309
22. De las montañas al mar del asfalto .....	323
23. Maestros y discípulos .....	337
24. «Jefedad» .....	357
25. Amiga mala suerte.....	379
26. He muerto y he resucitado .....	391
Epílogo: 20 años sin Enrique .....	399
Bibliografía .....	417
Discografía de Enrique Urquijo.....	419



## 1. URQUIJO Y PRIETO

Hay entre los Urquijo dos estilos de vida completamente diferentes; dos modelos de comportamiento que, vistos desde fuera, parecen incluso opuestos.

Desde hace generaciones, hay quienes ofrecen una sólida imagen de seriedad, tienden a encargarse de trabajos respetables y se esfuerzan por controlar sus sentimientos y causar buena impresión a los demás. Dentro de esa rama está, por ejemplo, Álvaro Urquijo, que durante años se ha ocupado de llevar las negociaciones de Los Secretos con representantes y compañías discográficas, y que, como guitarrista, es sobre todo famoso por su depurada técnica. También su padre, Javier Urquijo Grijalba, un acreditado ingeniero que se pasó media vida viajando por el mundo.

En el otro extremo, están los Urquijo de vida bohemia e independiente; aquellos que brillaron por su sensibilidad y que nunca se preocuparon tanto por el qué dirán como por perseguir su propio sueño. Entre ellos estaba Enrique Urquijo, el alma creativa de Los Secretos y Los Problemas.

A esa casta también pertenecía su abuelo Manuel.

Manuel Urquijo Helguera fue lo que se conoce como un buscavidas. Durante toda su existencia deambuló por diferentes empleos para sacar adelante a su numerosa familia y tener una base económica que le permitiera volcarse en su gran pasión: la pintura. Su ilusión era viajar a Florencia y plasmar en lienzo las esculturas y monumentos del Renacimiento. «Básicamente, era un artista», define su nieto Javier, el hermano mayor de Enrique y Álvaro. Además de pintor, tenía una habilidad especial para las miniaturas. Sus nietos todavía recuerdan con asombro la maqueta de un barco que les construyó: había luz en los camarotes y los cañones disparaban de verdad.

Manuel nació en Castro Urdiales en 1895. Enclavada en la comunidad de Cantabria, Castro Urdiales es una pequeña villa marinera situada en la frontera con la provincia de Vizcaya. De hecho, está más cerca de Bilbao (35 km) que de Santander (75 km) lo que la ha convertido hoy en día en una segunda residencia para muchas familias de la burguesía bilbaína. A principios del siglo xx, Castro centraba su encanto en una playa que se colaba casi entre las casas, su ajetreado y coqueto puerto y el solemne peso de la historia que le otorgaban su iglesia gótica y su castillo medieval.

Cuando Manuel era todavía adolescente, el país estaba sumido en una grave crisis económica. La revolución industrial que había florecido en otros países, en España había fracasado. La nueva generación de jóvenes comprobó con frustración cómo crecía en un país principalmente campesino, en el que había mucha pobreza y pocas oportunidades. Muchos de ellos vieron en la emigración a Latinoamérica su tabla de salvación. Argentina era la tierra prometida. Durante la primera década del siglo se produjo un éxodo masivo a Latinoamérica que culminó en 1912, año en que salieron de nuestro país 133.994 personas, la mayoría jóvenes, en busca de prosperidad.

Sin embargo, el País Vasco era, junto a Cataluña, la excepción. Vizcaya representaba uno de los escasos núcleos industrializados del país, con una creciente implantación de minas de hierro. Para cualquier chico de la pequeña Castro Urdiales, el futuro pasaba por probar suerte en las minas, la pesca o la ganadería. No para Manuel Urquijo. Quizá porque ninguna de esas opciones congeniaba con sus metas artísticas o tal vez por su espíritu aventurero, Manuel también embarcó rumbo a Argentina.

Alto, huesudo, con el típico perfil de labios gruesos de los Urquijo, Manuel llegó a Argentina siendo todavía un crío y con ganas de comerse el mundo. Iba con el plan predeterminado de ayudar a un familiar que había emigrado años antes y que poseía un pequeño comercio. Así lo hizo, pero no por mucho tiempo. Cuando cumplió los dieciocho años fue llamado a filas por el ejército español, que en esos días disputaba una sangrienta guerra en el territorio de Marruecos. Manuel se encontró en la tesitura de regresar a España o quedarse en Argentina, con la condición de que si optaba por quedarse, tendría que ser para siempre. Se imaginó convertido en prosaico comerciante para toda la vida en un país que no era el suyo. Eligió volver.

Manuel fue destinado a la marina, en Cádiz; no era precisamente el destino ideal, teniendo en cuenta que a escasos kilómetros se estaba librando una guerra encarnizada. El gobierno español había aceptado en 1912 el protectorado de Marruecos, en concreto de la línea de costa que hay frente a la península; un territorio abrupto, poblado por tribus en muchos casos ajenas a cualquier tipo de civilización que ni siquiera reconocían la soberanía del sultán del país. Y que mucho menos reconocían, por supuesto, la presencia de invasores europeos.

De Cádiz salieron muchos barcos repletos de soldados con la consigna de poner orden en Marruecos. Manuel estuvo embarcado varias veces, pero su barco, por suerte para él, nunca llegó a zarpar. En julio de 1921 llegaron las peores noticias de la guerra: en uno de los mayores desastres militares de la historia, miles de reclutas españoles murieron a manos de los marroquíes en la batalla de Annual.

Una vez se hubo licenciado en el ejército, Manuel se dejó caer por Madrid. Había oído que en la capital se estaba construyendo una amplia avenida que atravesaba el casco antiguo, flanqueada por modernos edificios adornados con frescos en los techos: la Gran Vía. Aquello sonó como música para sus oídos, y se las arregló para conseguir un empleo como decorador en algunos de estos edificios. Pero no llegó a habituarse a la vida en Madrid, y a principios de la década de los veinte volvió a su tierra, al norte.

Manuel Urquijo se estableció definitivamente en Bilbao, donde se conformó con un puesto en una empresa de distribución eléctrica de la zona de Vizcaya llamada Hidroeléctrica Ibérica.

Allí también se casó.

Elvira Grijalba había nacido en Llodio, Vizcaya. Era una chica alta, fuerte; «la típica vasca», según sus nietos. Su fortaleza la hizo vivir en tres siglos: nació en 1896 y murió en 2001, a los ciento cinco años.

Manuel y Elvira se casaron en 1922 en Bilbao. Mientras Elvira se dedicaba a las tareas domésticas («mi madre era la clásica señora de su casa», recuerda Javier Urquijo padre), Manuel empezó a tomarse en serio su pasión por el arte. Poco después de la boda, entró a trabajar como dibujante en la revista *Bilbao Gráfico*, donde realizaba tiras cómicas y portadas con un estilo parecido al de Penagos. Un ejemplar del 17 de junio de 1922 recoge en portada una caricatura suya del poeta bilbaíno Cai Turrino. En 1928 dejó la empresa eléctrica y



firmó un contrato con Radio Bilbao como técnico de sonido. Allí permaneció hasta después de iniciada la Guerra Civil. No tuvo que combatir en el frente: tenía ya cuarenta y un años.

Como pintor logró cierto renombre local. Dominaba especialmente la técnica de la acuarela y hacía una exposición anual, lo que le permitía completar sus ingresos. También expuso en Madrid, y un par de veces le llamaron de Las Palmas, donde también exhibió sus cuadros, muchos de ellos con motivos marineros.

Ya en su cuarentena, cumplió su sueño. Empaquetó sus materiales de pintura y se fue a Florencia. Se marchó solo, sin su mujer; era *su* sueño, no un viaje de placer. Volvió con un montón de cuadros y los expuso.

Por entonces, sus ocho hijos ya estaban fuera de casa.

Los amigos de la infancia de Javier, Enrique y Álvaro Urquijo recuerdan a su padre por dos cosas. La primera es por su ausencia: nunca estaba en casa; siempre estaba de viaje. La segunda es porque cuando volvía de sus desplazamientos, lo hacía con el último modelo de televisión, de vídeo, de cámara Súper 8, de reloj digital. También traía discos, que escuchaba en un equipo de música «de capricho». Javier Urquijo era un triunfador.

Nacido en Bilbao el 2 de marzo de 1929, Javier fue el cuarto hijo de Manuel y Elvira. De los ocho hermanos, fue el único que desarrolló interés por las ciencias; entre el resto hay sacerdotes, monjas, un periodista y un marino mercante. Estudió Ingeniería Técnica de Minas en Pamplona y se alistó en las milicias universitarias en aviación. Los que le conocieron en su juventud afirman que era un chico muy guapo y con éxito entre las chicas. Más aún con su uniforme de piloto.

Con veintiún años entró a trabajar en Iberduero, una de las principales empresas del país. Como ingeniero de minas, recibió instrucciones de incorporarse al equipo encargado de una de las mayores obras de la historia de la ingeniería española: la creación de los saltos del río Duero.

El proyecto era, en teoría, muy simple: construir enormes presas a lo largo del Duero, en el tramo del río que linda con Portugal, y aprovechar la fuerza del agua para obtener energía hidroeléctrica. Llevarlo a cabo era otra cosa. Algunos lo han descrito como una «epopeya colectiva».

Javier se entrenó con los últimos retoques del salto de Castro, cerca de Zamora, una presa que ocupó *sólo* a seiscientos hombres. Una vez terminada, en 1951 fue destinado a Saucelle, en Salamanca, una obra que en su apogeo llegó a precisar el trabajo de 1747 personas, entre obreros, encargados, facultativos e ingenieros. Para aprovechar al máximo los recursos humanos, y dada la lejanía de Saucelle de cualquier indicio de civilización, hubo que crear un poblado.

El poblado de Saucelle no era, como podría suponerse, un puñado de barracones repartidos por el campo. Diseñado para albergar a todos los trabajadores y sus familias, era un auténtico pueblo que contaba con economato, servicio médico, una pequeña iglesia, cantinas, una escuela para los niños y hasta un cine. Y, por supuesto, con viviendas de diferente calidad, según estuvieran diseñadas para obreros o para ingenieros. Los pueblos de alrededor estaban peor equipados.

Los días libres, Javier Urquijo y su grupo de facultativos e ingenieros solteros intentaban a toda costa *salir* de allí. Su rutina de ocio los llevaba a la población más cercana, Vitigudino, situada a cincuenta kilómetros.

Con tres mil habitantes en la década de los cincuenta, Vitigudino vivía de su situación de cruce de caminos: estaba muy cerca de Salamanca y servía de puerta de entrada a Portugal. Su nombre no dice nada excepto para los amantes del toreo; su más ilustre hijo es el torero Santiago Martín, que escogió como apodo taurino la abreviatura de su pueblo natal: El Viti.

En una de estas salidas, en 1954, el apuesto y prometedor Javier se enamoró de Mariluz Prieto, la hija de los terratenientes.

La abuela Mariluz (madre e hija se llamaban igual) fue una de las personas más importantes en la vida de Enrique Urquijo y sus hermanos. Siempre vivió en la casa, desde que los niños nacieron hasta que ella murió en la década de los noventa. Estaba en casa cuando el padre se ausentaba y los niños convertían el pasillo en un campo de batalla; estaba en casa cuando los chicos empezaron a grabar discos; estaba en casa cuando, poco después, Enrique y Álvaro cogieron la costumbre de encerrarse en su habitación o en el cuarto de baño con misteriosas intenciones. Por su parte, ellos estaban en casa cuando la abuela escuchaba rancheras, similares a la música charra que procedía de su tierra.

Enrique adoraba a su abuela materna. Durante unas vacaciones de Semana Santa, cuando todavía era un niño, toda la familia se trasladó a la playa; él, sin embargo, prefirió quedarse en casa con su abuela para ver películas en televisión.

Mariluz González Vicente vivió un episodio en su vida que podría explicar su fuerte apego a sus hijos y nietos. No era muy común en los años treinta que un matrimonio se separase al poco de tener descendencia.

Mariluz era natural de Salamanca, vivía en Madrid y pasaba temporadas en la finca que había heredado en Vitigudino. Era la típica finca castellana: tenía encinas, un río que pasaba por allí, había algo de ganadería y agricultura y también ofrecía la posibilidad de practicar la caza.

Su fugaz marido fue Manuel Prieto Alonso, también de Salamanca, y al que algunos definen como «empresario». La versión oficial cuenta que Manuel, procedente de una familia muy conocida en la zona, trabajó en Madrid y participó como accionista en la creación de Pesquerías Españolas de Bacalao, una ambiciosa empresa que se ocupaba desde de la construcción de los barcos y la organización de las flotas hasta de supervisar las sequerías del bacalao.

Pero otras versiones apuntan a que Manuel se casó con Mariluz no sólo por amor. «Vivía un poco la *dolce vita*», afirma Álvaro Urquijo, «un poco de las rentas de mi abuela, muy al día». Su hermano Javier lo expresa de una manera más rotunda: «Se casó con ella por dinero».

Antes de separarse tuvieron dos hijos. El mayor, Manolo nació en 1929; la pequeña, Mariluz, dos años después, el 17 de julio de 1931.

Cuando conoció al joven ingeniero Javier Urquijo, Mariluz Prieto era una encantadora chica de veintitrés años. Menuda de estatura, tenía un rostro angelical, de rasgos redondeados, infantiles, y una voz suave y dulce. Vivía en Madrid, con su madre, y pasaba las vacaciones en la finca de Vitigudino.

Javier y Mariluz tuvieron un noviazgo de cuatro años y finalmente se casaron el 10 de enero de 1958. Javier seguía por entonces destinado en el salto de Saucelle, a pesar de que la presa estaba ya a pleno rendimiento desde 1956. Ella, acostumbrada a vivir en la moderna casa de Madrid y disfrutar de la enorme finca familiar, aceptó establecerse con su marido en el poblado de los trabajadores de Iberduero. Tampoco era un excesivo sacrificio: los ingenieros y sus

familias tenían asientos reservados en el cine y en la iglesia y acceso exclusivo a la hospedería.

El 5 de noviembre nació su primer hijo, al que llamaron Javier, como su padre. La pareja seguía viviendo en el salto, pero el niño vino al mundo en la clínica La Milagrosa, en la calle Modesto Lafuente de Madrid.

A los pocos meses, Javier padre fue destinado a otro proyecto, el salto de Aldeadávila, a cuarenta kilómetros del anterior emplazamiento. Aldeadávila era tan duro que hacía que Saucelle pareciese un paraíso. Para empezar, se trataba de lugar más inhóspito y sombrío del valle del Duero; durante generaciones nadie había puesto un pie allí.

La magnitud de la obra era monumental. El objetivo era construir una presa de 140 metros de altura, frente a los 62 metros de desnivel de Saucelle. Se multiplicó el número de obreros, a pesar de que el reclutamiento no fue fácil: Aldeadávila tenía fama de obra peligrosa. Desde el principio se produjeron numerosos accidentes y durante el tiempo que duró la obra murieron sesenta y cuatro hombres. Las mujeres en el campamento vivían sumidas en la angustia: a menudo las noticias de los accidentes corrían más rápido que los nombres de las víctimas, y las esposas tenían que pasar el trago de escuchar una y otra vez, con el alma en vilo, las listas de fallecidos esperando no oír el nombre de sus maridos.

Aunque Javier no estaba metido de lleno en las tareas de riesgo, el panorama no era el más apropiado para su joven esposa y su bebé. Muchos hombres decidieron cambiar de aires. Javier fue uno de ellos.

En 1960, con treinta y un años, Javier Urquijo consiguió firmar con otra de las grandes empresas nacionales: Entrecanales, dedicada a la construcción de presas y puentes por cuenta propia o en colaboración con empresas extranjeras; en España o en cualquier punto del planeta. Su contrato iba a tener, básicamente, dos consecuencias, una buena y otra mala. La mala, al menos para la familia, era que Javier tendría que viajar constantemente por todo el mundo supervisando obras; la buena era que Mariluz y el pequeño Javi podrían vivir cómodamente en Madrid, en la casa que la abuela materna tenía alquilada en el barrio de Argüelles.

Sin embargo, antes de dejar para siempre el valle del Duero, Javier y Mariluz tuvieron tiempo de encargar otro niño, que nació el 15 de febrero de 1960 también en la clínica La Milagrosa de Madrid.

Le pusieron el nombre de Enrique.